

En el país
de los
dragones



EN EL PAÍS DE LOS DRAGONES

Texto: Antonio Bermejo y Teresa Arrufat

Portada: Eva Figueras

Dibujos: Imma Itxart

<http://www.cuentosamedida.com>

Mail: cuentos@cuentosamedida.com

© ANTONIO BERMEJO 2004



Los asientos enormes de la sala del consejo se iban llenado rápidamente. Todo el mundo debía estar en su lugar antes de que Drantrobus, el viejo dragón, iniciara la asamblea dando un golpe formidable en la mesa con su cola poderosa. Los dragones llegaban empapados debido a la terrible tormenta que estaba cayendo en aquellos precisos momentos sobre Drâhâ, la ciudad secreta. Todos coincidían en opinar que aquel tiempo, que el viento huracanado del norte traía tan oportunamente, era un augurio excelente. Era ,realmente, un día espléndido para tratar el grave problema que los había reunido”

-¿De veras, a los dragones les gustan las tormentas? -preguntó Marta a Juan, el enfermero.

-Naturalmente, la lluvia nos... digo... les limpia las escamas duras y el frío mitiga un poco el calor insoportable de nues... sus barrigas. Recuerda que los dragones pueden lanzar fuego por sus bocas enormes ... Pero no preguntes más o no podré acabar la historia ¿Por dónde iba?

-Pues estabas explicando que llovía a cántaros -dijo Marta, moviéndose en la cama con cuidado para no tirar de los tubitos transparentes de plástico por donde, gota a gota, bajaba el suero.

-Fíjate, la tormenta fue tan formidable que aún me acuerdo como si fuera ayer de una conversación que oí entre tres dragones, camino de la gran sala. Uno le decía al otro:

-Es de envidiar este clima. En el país de donde yo vengo no sucede nunca nada parecido, siempre hay mal tiempo, con un sol que rompe las piedras y calienta las escamas hasta lo insoportable.

-A mí me ocurre lo mismo. ¿De dónde eres tú? -le preguntó el dragón de la derecha, rascándose una de sus orejas descomunales con sus garras afiladas.

-De Andalucía. Vivo en una cueva de la sierra, entre Córdoba y Sevilla.

-No sé de qué os quejáis -interrumpió el dragón de la izquierda-. Yo vivo en el Sahara y allí puede pasar un año entero sin que una nube cruce el cielo. Sólo hay tormentas de polvo y arena.

-Así pues, ninguno de nosotros conoce la ciudad de Drâhâ.

-Es la primera vez que venimos. Hemos sido convocados por el consejo. Debe ser muy importante lo que Drantrobos nos tiene que comunicar.

-Yo ya tengo ochocientos veintiún años, y no recuerdo que ni mi abuelo ni mi padre me explicaran que haya sucedido cosa semejante -dijo con voz ronca el dragón de la derecha, mientras una pequeña llamarada se escapaba de sus fauces profundas -. ¡Uy! Perdonad, pero cuando estoy un poco nervioso se me escapa algún eructo.

-En el mundo de los dragones -explicaba Juan a Marta- eructar está considerado de mala educación, porque el aliento sale en forma de llamas. Es un acto de seguridad mas que de cortesía, ya que se ha dado el caso de quemar, sin querer, al interlocutor.

Los dos dragones se apartaron instintivamente y, de inmediato, los ojos se les enrojecieron.

-Todo el mundo sabe que cuando a un dragón se le ponen los ojos rojos, es que está enfadado y sus reacciones son imprevisibles -puntualizó el enfermero.

-Vigila tus modales en Drâhâ, por mucho menos puedes acabar destrozado por los drauros -le dijo el dragón de la derecha.

-Sólo me sucede cuando me pongo nervioso -respondió escondiendo la cabeza bajo la cola, avergonzado.

Ese gesto apaciguó a los dragones, los ojos de los cuales volvieron a su habitual color verde.

Marta había descubierto que a veces los ojos de Juan cambiaban de color, especialmente cuando venía a recoger los platos de la cena y veía que no había comido nada. Entonces, detrás de sus grandes gafas, brillaba un destello rojizo que iluminaba por un segundo toda la habitación. Pero de eso no hacía caso porque era el mejor contador de historias del mundo.

-¿Otra vez? ¡No has comido nada! Se lo diré al médico, él sabrá cómo hacerte comer.

-No le digas nada, Juan, me va a colocar más tubos...

-Pues ya sabes lo que tienes que hacer, tragar algo aunque no tengas ganas.

-No lo puedo remediar, si pienso en comer se me remueve el estómago y me vienen arcadas -dijo Marta poniendo cara de enferma.

-Si comes algo prometo no decir nada, palabra de dra... digo, de Juan.

-¿Qué ibas a decir? -saltó Marta.

-No entiendo lo que preguntas -dijo Juan, levantado la tapa de acero inoxidable que cubría una sopa de letras amarillenta.

-No te hagas el despistado, ¿qué ibas a decir? Si no me lo dices no abriré la boca.

-Está bien -dijo Juan levantándose y recogiendo el carrito con los platos-, ahora mismo aviso al médico.

-No, Juan, tú ganas, es que me canso cuando como sopa, ¡y me duele el brazo!

-¿Ves como estás débil? ¡Venga! Yo te ayudo.

-Oye.

-¿Qué?

-¿Quiénes son los drauros?

-Los drauros son una especie de policías. Si alguno de los dragones no respeta las estrictas leyes de Drâhâ, los expulsan sin



contemplaciones. ¡Venga, Marta! ¡Se enfría la sopa! –decía, Juan, impaciente.

-¿Y que más pasó?

-Primero otra cucharada.

Marta abrió la boca.

Drantrabus esperó que el silencio imperase en el gran salón, sólo entonces dijo con su voz poderosa:

-Os doy la bienvenida a todos. Os preguntaréis qué rayos está sucediendo para que haya convocado el consejo, especialmente si se tiene en cuenta que no se celebraba ninguno desde hace al menos tres mil años.

Los dragones, serios, movieron sus enormes asintiendo cabezas.

-La desgracia ha azotado sobre nuestro país. Muchos de vosotros sabéis que ha nacido un dragoncito. Esto sólo ocurre una vez cada milenio. Pero la alegría por su nacimiento ha sido empañada por la enfermedad. Drikan, nuestro bebé, se está muriendo... Y está escrito que... si esto sucede... nuestra especie se extinguirá para siempre.

Un murmullo nervioso recorrió la sala enorme, muchos no pudieron reprimir las lágrimas y, con el cuello apuntando hacia el cielo, emitían lamentos largos y profundos. Drantrabus hizo un gesto con su majestuosa cabeza, los silenció y continuó:

-Sólo hay una única esperanza.

-¿Cuál es? –preguntaron con los ojos muy abiertos los dragones alados.

-¿Qué debemos hacer? –se sumaron los dragones de tres cabezas, que eran los primeros en apuntarse a todo.

Drantrabus movió su cola de forma impaciente y todos callaron.

-Hemos consultado al sabio dragón Drathum y nos ha dicho que Drikan sólo puede salvarse con la palabra de un humano.

De la asamblea surgieron bufidos indignados.

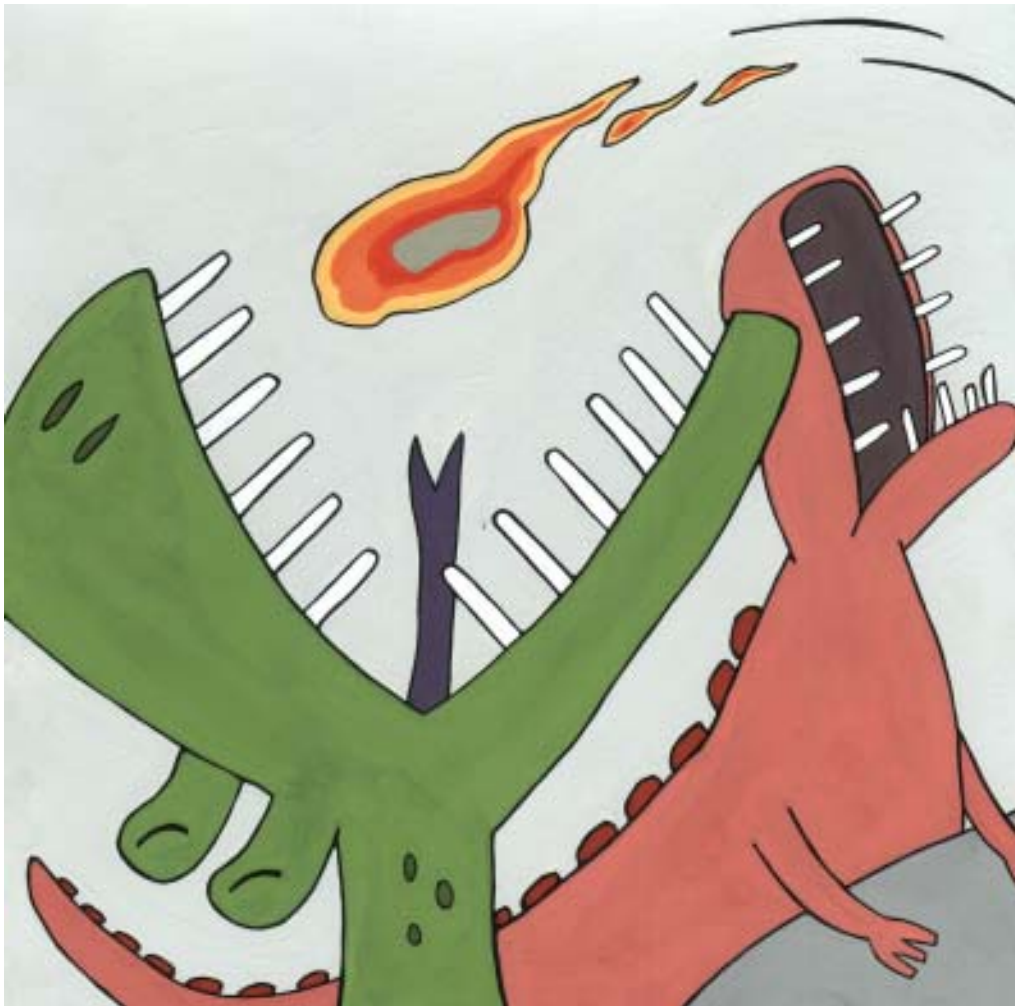
-¡Pero esto es imposible! ¡Los humanos son nuestros enemigos! –gritaron a coro los reptilianos.

-¡Ningún humano querría hacer nada para salvarnos! ¡Nos odian desde que el mundo es mundo! ¡Estas insignificantes criaturas nos tienen declarada la guerra! –se oía por toda la sala.

El consejo se llenó de voces atronadoras, de patas enormes golpeando el suelo hasta hacerlo trepidar.

-¡Silencio! -ordenó Drantrobis-. Drathum no se equivoca nunca, y si él dice que esto es así, es que es así y no de otra manera. Escuchad, uno de vosotros traerá a un humano aquí, pero sólo si tiene la voluntad de ayudarnos. Si lo obligáramos no serviría. Su palabra salvará a nuestro Drikan. Así que, desde hoy, no molestaréis en absoluto a los humanos, no les daréis ni el más insignificante susto. ¿Me habéis entendido? -dijo mirando con los ojos como rubíes a cada uno de los dragones del consejo.

Del fondo de sus gargantas profundas surgieron gruñidos de obediencia, todos eran conscientes de la importancia vital de sanar al recién nacido. Si él moría la orgullosa especie de los dragones desaparecería de la faz de la tierra.



Drantrobis puso una piedra de volcán hirviente sobre la mesa enorme de granito. Levantó su cola voluminosa y temible, la hizo bailar en el aire durante unos segundos, y la dejó caer sobre la piedra de volcán que saltó por los aires hecha añicos. Miles de centellas volaron por todos los rincones de la sala, mientras los dragones, inmóviles, abrían sus fauces. El elegido para la misión sería aquél a quien cayera uno de las humeantes y apetitosos fragmentos en la boca.

-¿Y qué pasó?

-Antes otra cucharada.

Marta abrió la boca sin quejarse.

Uno de los fragmentos, el más grande, volaba girando sobre sí mismo y, cayó en la boca de Drênajj. Él era el favorecido. Los dragones se removieron sorprendidos, algunos moviendo sinuosamente la cola en señal de aprobación, pero la mayoría pensando que era demasiado joven para tal encargo ¡Sólo tenía doscientos treinta y dos años! Pero las piedras de volcán nunca se equivocan.

-Tomarás forma humana y buscarás a quién tenga el corazón caliente como el nuestro –anunció el sabio Drathum-. Y ahora, ven conmigo. Conocerás al pequeño Drikan.

El dragoncito dormía bajo la mirada atenta de su enorme madre, Drenta, que al oír los pasos del sabio, inclinó el cuello en señal de cortesía.

-Este es Drênajj. Las astillas de fuego le han elegido, él será el encargado de buscar la salud para tu hijo.

Drenta, con los ojos azules de tristeza, le saludó con un silbido tan melancólico y dulce, que Drênajj quedó profundamente conmovido.

-Yo encontraré a un humano con el corazón de dragón, y te aseguro que lo traeré ante ti para que salve a tu hijo que, desde ahora, es mi hermano.

Entonces, rompiendo la rigidez de los rituales entre dragones, Drenta enlazó su largo cuello con el de Drênajj y lo acercó a la profunda roca que hacía de cuna al recién nacido.

-¡Se le están cayendo las escamas! –exclamó el elegido, que nunca hubiera imaginado que algo así pudiera suceder.

-¡Ostras, Juan! A Drikan le pasa como a mí, que también se me cae el pelo. Yo sé lo mal que se lo pasa uno con estas historias.

-No interrumpas y abre la boca, ya casi te has acabado la sopa. Ahora un poco de pollo.

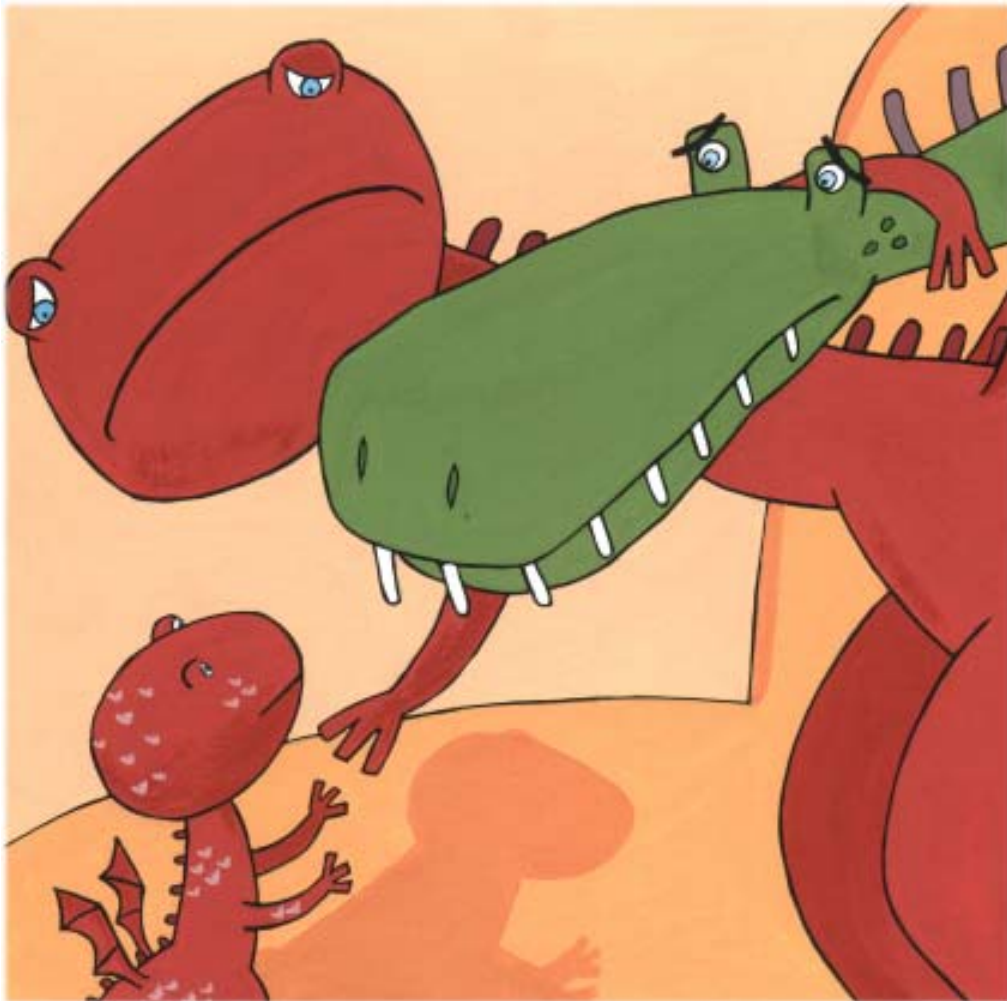
Juan cortó un trozo de pollo y acercó el tenedor a la tozudamente cerrada boca de Marta. Pero la abrió inmediatamente al oír un extraño gruñido. Por un instante, hubiera jurado que uno de los dragones de la historia se había colado allí dentro... No era la primera vez que la habitación 319 cambiaba de color... pero el fenómeno era tan vertiginoso, que nunca podía estar segura del todo. Esta vez tenía miedo de verdad.

-¿Has oído, Juan?

-¿Qué tengo que oír?

-Esa especie de bramido... descomunal... -intentaba explicar Marta, mientras masticaba con prisa el trozo de pollo.

-Yo no he oído nada de nada.



-Está bien, me rindo, no sé como lo has hecho, pero me has asustado. Mira, me comeré todo el pollo si me cuentas qué hizo Drênajj después.

-Eso de que te lo comas todo está bien. Pero, ¿de veras quieres oír toda la historia? -dijo el enfermero, con una sonrisa burlesca en los labios-. Si te dan miedo las historias de dragones, yo...

-No digas tonterías, Juan, a mi no me da miedo nada, además, yo sé que te los inventas.

-¿Estás segura?

-¡Claro que sí! ¡Todo el mundo sabe que no existen los dragones! Como mucho los cocodrilos... las lagartijas... pero no tus fantásticos dragones.

-Creo que no estás del todo convencida.

-¿Por qué lo dices? -dijo desafiante Marta.

-Por nada, por nada... tan sólo hace un momento has escuchado un ruido extraño y, de vez en cuando, ves tu habitación teñida de rojo como si fuera el reflejo del ojo de un dragón... Y jurarías que es verdad, ¿a que sí?

-De acuerdo. A veces creo oír y ver cosas raras. Tal vez lo que pasa es que me gustaría ser amiga de uno de esos dragones perseguidos. Por ejemplo, me encantaría ayudar a Drikan, el pobre debe estar más asustado que yo. Los primeros días, yo no quería ni hablar de ir a la escuela... sólo pensar en el ridículo que haría con la cabeza calva... entre las risas y miraditas de los compañeros, me moría de vergüenza.

-¿Qué hiciste? -preguntó Juan, interesado.

-Nada, no pasó nada. En el mundo hay muchos calvos importantes, por ejemplo, Jordan, el mejor jugador de baloncesto del mundo, no tiene ni un solo pelo en la cabeza. Y además, soy la fan número uno de Sinnead O'Connor. Al principio no pensé en eso, fueron mis amigos y amigas, los que me lo dijeron al verme. El resto fue fácil. Pero no creo que en el mundo de los dragones existan jugadores de baloncesto calvos o cantantes como O'Connor ¿O sí, Juan?

-No, no los hay -dijo el enfermero.

-Pero cuéntame que más sucede -dijo Marta que por fin se había acabado el pollo, reprimiendo un bostezo.

-Tendrás que esperar un poco. Cuando acabe mi turno vengo y te cuento un poco más.

-No tardes -le pidió Marta, bostezando abiertamente.

Juan se fue con la bandeja de la cena. Se había quedado mucho tiempo con Marta, pero estaba contento. Por una parte había conseguido que comiera y, por otra, su admiración por la niña había crecido: Era valiente y sabía lo que era sufrir. El enfermero pensaba que ya había encontrado al humano con corazón de dragón. Iba entrando en las demás habitaciones, saludaba amablemente a los enfermos, recogía las bandejas y las colocaba, con el menor ruido posible, en el carrito del pasillo. Pero sus pensamientos estaban con Marta. Aún resonaban en sus oídos las palabras: “Me gustaría ayudar a Drikan”. Le quedaban pocas dudas, estaba convencido de que, si alguien podía ayudarlo, era ella. Drathum le había dicho: “déjate guiar por el corazón”, y su corazón señalaba a Marta. Pero ahora venía lo más difícil: decirle quién era y convencerla para que visitara la ciudad secreta. No sabía cómo hacerlo sin asustarla. Por eso le hablaba de dragones, para que todo le fuera más familiar, para que conociera las difíciles costumbres de su especie temible. No podía retrasarlo más. Debía decidirse...

Mientras tanto, Marta miraba la puerta de su habitación luchando contra el sueño, pero los ojos se le iban cerrando. Juan era el enfermero más divertido y raro que había tenido nunca... ¡y eso que ya había conocido a unos cuantos!... En los hospitales conoces de todo... El sueño llegó antes que el especialista en dragones. Aquella noche soñó con el dragoncito, pero no acababa de verlo... En el sueño, Marta entendió que no sabía imaginarse un dragón bebé y, además, con problemas de pérdida de escamas. Antes de despertarse decidió preguntar a Juan qué aspecto tenía Drikan.

-¡Buenos días! -dijo la enfermera subiendo la persiana de la ventana- ¿Has dormido bien? Hoy hace un día espléndido.

Marta estuvo unos segundos, sin abrir los ojos, figurándose que la enfermera era un dragón recién llegado de Drâhâ. Se rió para sus adentros y la saludó con buen humor:

-Buenos días, Ana, ¿sabes si Juan está de guardia? Sé que, cuando le toca la hora de cenar, es que tiene el turno de noche y por la mañana todavía está.

-¿Qué os lleváis entre manos vosotros dos? Tendré que vigilaros más de cerca. Ahora miraré los turnos. Si lo encuentro le digo que lo estás buscando, ¿de acuerdo? Pero antes hay que lavarse y desayunar.

-Nunca he entendido porque hay que despertar a la gente enferma tan pronto, justo cuando el sueño está en lo mejor.

-El mejor momento es siempre el de despertar -dijo Ana riendo, que se ponía de buen humor si hacía sol.

Drênajj había estado buscando una estrategia para decirle a Marta quién era en realidad, pero aún no sabía qué hacer. No conocía del todo las reacciones de los humanos, sólo algunas cosas que le habían contado los dragones más viejos y lo que él mismo había averiguado desde que estaba allí, y de eso hacía ya unos cuantos meses. Tal vez donde había aprendido a entenderlos, a admirarlos y a quererlos había sido en el hospital. Allí, frente a la enfermedad y el dolor, los humanos se mostraban tal como eran, aparentemente débiles pero, en realidad, tan fuertes como ellos, los dragones. Había hecho las paces con los humanos y los respetaba. No se arrepentía de haber buscado allí, era el mejor sitio para encontrar al humano adecuado. Y ahora ya lo conocía, no tenía ninguna duda, era Marta. La había visto aguantar las sesiones de quimio, las tres operaciones y las largas noches de convalecencia como lo haría un auténtico dragón.

-Hoy se lo diré... no sé cómo... pero se lo diré... ya no queda mucho tiempo.

-¿De buena mañana y hablando solo, Juan?-dijo Ana, que estaba risueña porque el día era luminoso.

-Hola, Ana, debe ser este tiempo, a mí los días de sol me trastornan, prefiero la lluvia.

-Mira que eres raro, ¿eh?, el sol es lo mejor del mundo. Por cierto, Marta ha preguntado por ti, hoy la he visto muy bien, esta chica es muy valiente.

-¿A que sí? -dijo Juan, satisfecho, porque Ana confirmaba su elección.

Los pasillos, a primera hora, eran un hervidero de batas blancas... de palos de fregar de la brigada de limpieza... de termómetros en las axilas... tomas de presión... pastillas... Quien haya estado ingresado en un hospital sabe que las cosas importantes pasan, casi siempre, por la mañana.

-Se lo explicaré claramente, así su decisión será totalmente libre -resolvió Drênajj, abriendo la puerta 319.

-¡Juan! ¡Qué bien que hayas venido! Me tienes que acabar de contar lo de la ciudad secreta -le exigió Marta, nada más verlo.

-Mira, tengo que decirte una cosa muy, pero que muy importante, y quiero que me escuches con mucha atención.

-No me asustes, Juan... ¡Ya lo sé! El médico se lo ha pensado mejor y me va a dar más quimio ¿A que es eso? ¡Dime la verdad!

-No, mujer, tu salud está cada vez mejor y pronto te enviarán a casa, y yo me alegraré mucho. Pero no quería hablar de eso, sino de Drikan, el pequeño dragón enfermo.

-¡Ah, sí! Yo también quería preguntarte...

-Tengo que contarte un secreto: yo no me llamo Juan, soy Drênajj. Gracias a una pócima que me dio Drathum, tengo la apariencia de un ser humano.

-¿Me estás diciendo que tú eres el elegido? ¡Ostras! ¡Qué guai! ¡Eres el mejor!

-No lo entiendes, ahora no te estoy explicando un cuento, te estoy diciendo la verdad. Soy el que se tragó el fragmento de fuego.



-Juan, esto es muy bueno, me sorprendes siempre, eres un genio...

-No tenemos mucho tiempo, sólo en ti he encontrado el auténtico corazón de dragón. Tú eres el humano que puede salvarle.

-¿Y cómo sé yo que estoy hablando con un dragón? -dijo Marta, creyendo seguir el juego.

Drênajj, con un ágil movimiento, cerró la puerta de la habitación:

-Mira con atención, sólo te lo enseñaré un breve segundo, no puedo exponerme a que otro humano me descubra.

Se desabrochó la bata de enfermero y le mostró su espalda.

-¿Qué tienes ahí? ¿Una operación? -dijo Marta boquiabierta.

-La pócima de Drathum no era perfecta y no me convirtió en humano por completo. No había tiempo para otro intento así que decidí que la espalda era fácil de ocultar a los ojos de los demás humanos. Lo que estás viendo son las escamas de mi cuerpo auténtico, bueno, de parte de mi cuerpo, porque yo soy diez veces más grande y mi cola es tres veces tu altura. ¿Quieres tocarlas? ¿Te convences ahora?

Marta miraba las extraordinarias y verdes escamas en la espalda del enfermero sin poder creerlo y sin atreverse a acercar la mano. Buscaba una razón lógica a lo que estaba viendo. Una cosa era la fantasía y otra la realidad, y ella sabía distinguir las muy bien. Era imposible.

-No sé qué creer -balbuceó-, lo que veo bien podría ser el resultado de algún accidente... o de una operación... ¡o qué sé yo! ¿Por qué tiene que ser la piel de un dragón?, los dragones no existen, son criaturas fantásticas que sólo viven en la imaginación o salen en los cuentos. Todo el mundo lo sabe. Juan, por favor, deja de jugar.

En aquel preciso momento la habitación se tiñó de rojo, los ojos de Drênajj eran dos bolas de fuego y su voz se volvió profunda y ronca como nadie podría ponerla aunque se esforzara. Marta oyó como aquella voz estremecedora le decía:

-Debes creerme, sólo tú puedes salvar a Drikan.

El enfermero se acercó a la cama y Marta abrió la boca para gritar aterrorizada, pero su cálida mano le tapó la boca. Los ojos de Drênajj se fueron calmando y pasaron del rojo rubí al color azul. Marta recordó que ese color, en los ojos de los dragones, significaba tristeza.

-Lo siento, no quería asustarte. ¿Ves cómo va de veras?

La niña movió la cabeza asintiendo sin poder dejar de mirar los tristes ojos azules que contagiaban ganas de llorar. Drênajj se volvió a vestir con su bata blanca y recuperó el aire de enfermero. Marta se restregó los ojos. ¿Aquello había pasado realmente? Para asegurarse le llamó por su otro nombre.

-¿Drênajj?

Drênajj se volvió, sus ojos se pusieron de nuevo verdes.

-¡Me has llamado por mi verdadero nombre...! ¿Eso quiere decir que te he convencido? ¿Vendrás conmigo a la ciudad de los dragones?

-Tengo un poco de miedo, allí seré una extraña. ¿Y si tus compañeros me aplastan?

-Al contrario, serás recibido como una heroína, los dragones saben reconocer la valentía, aunque sea la de un insignificante humano ¡Uy! Perdona, es la costumbre. ¡Sois tan pequeños compa-



rados con nosotros! -y de su garganta surgió una carcajada. Al poco rato Marta no podía parar de reír.

-Ya me advirtió Drathum que nuestra risa era muy contagiosa para los humanos.

-¿Cómo llegaremos a Drâhâ? -preguntó Marta, intentando ponerse seria.

-Los dragones no podemos volar de día, así que saldremos esta noche, cuando todo el mundo duerma. Hoy vendré a visitarte a menudo para decirte las cosas importantes que hay que saber de mi ciudad. Ahora debo marcharme... pero antes quiero decirte que he buscado mucho hasta encontrarte y, si un dragón puede ser amigo de un humano... a mí me gustaría... si tu quisieras...

-Tú eres mi amigo, Drênajj, el mejor que he tenido -y los dos se abrazaron. Drênajj emitió un silbido agudo y melancólico, casi imperceptible, la forma en que lloran los dragones.

Marta pasó todo el día nerviosa. Por más que lo intentaba no se lo podía imaginar. Necesitaba ropa y su armario estaba vacío... ¿Y si allí le daban de comer piedras hirvientes? ¿Cuánto tiempo estarían? Por no saber... no sabía ni qué plan tenían para salir del hospital. Con tantas emociones casi no notaba los puntos de la operación.

Drênajj entraba y salía:

-Lo primero que debes hacer cuando te encuentres ante Drantrobis es mostrarle sin miedo tu cuello, es nuestra manera de saludar....

-A los dragones jóvenes les divierte desafiar con la mirada, tú no bajas la tuya, sino, lo considerarán una debilidad...

-Y, lo más importante, no tiembles, sino se reirán de ti...

-Pero no te preocupes, porque yo estaré contigo en todo momento.

La doctora Cajal pasó a visitarla a media tarde y se quedó un rato con ella. La felicitó por su evolución. Hablaron de básquet y de Jordan, el mejor alero del mundo. La doctora Cajal era la única que sabía de básquet en todo el hospital, a veces se la llevaba a su despacho y veían juntas algún partido de la NBA. A ella le gustaban los Lakers y a la doctora los Chicago Bulls y, a las dos, les encantaba la guapísima Sinnead O'Connor y se prestaban sus discos.

El sol se estaba escondiendo. Debía ser por los nervios, pero en todo el día no se había mareado ni le habían venido las molestas arcadas, a pesar de la sesión de quimio. Por el sonido de los

pasos de las enfermeras por el pasillo, Marta sabía que era el cambio de turno. Era el momento de traspasar la información, de explicar novedades, de comunicar nuevos ingresos, de contabilizar altas y bajas, y de referir las incidencias. Pero hoy, para Marta, todo aquello carecía de importancia. Estaba a punto de comenzar la gran aventura.

-¿Estás lista? -preguntó Drénajj a media voz, asomando la cabeza por la puerta.

No supo qué decir. Estaba en pijama en medio de la habitación. Quiso contestar que hacía mucho rato que esperaba, pero se le secó la boca de golpe y la lengua se le pegó al paladar, como si viniera de una anestesia. Con un esfuerzo logró pronunciar:

-Sí.

-He traído ropa de abrigo. Allí arriba hace frío.



-¿Allí arriba? –preguntó Marta.

-Sí, las nubes siempre están húmedas. A veces, al cruzarlas, sales empapado como si te estuvieras duchando. A mí me encanta, pero tú no estás acostumbrada y puedes coger un resfriado.

-¿Quieres decir que iremos volando?

-Claro, sino no llegaríamos nunca.

Notó que se le aflojaban un poco las piernas. Nunca había montado en un avión... ¡Sería fantástico! ¿O quizá sería un helicóptero? A veces trasladaban a los accidentados así... iba pensando mientras se vestía con rapidez.

-He cogido todos los medicamentos, no quiero que por mi culpa enfermes. Bien, ahora hay que llegar a la azotea del hospital sin que nos vean. Siéntate en la silla de ruedas.

Drênajj apretó los timbres de emergencia de las habitaciones más alejadas. Las enfermeras corrieron a las llamadas.

-¡Venga! ¡El camino hasta el ascensor está libre! -dijo satisfecho.

Mientras subían hasta la azotea, Drênajj le expuso:

-Ahora necesito más que nunca que confíes en mí, si me tienes miedo nada funcionará.

Marta pensaba que no era para tanto. Subir a un helicóptero era arriesgado pero no tanto. Una vez arriba, Drênajj se quitó la ropa y los zapatos. Del bolsillo extrajo un frasco, lo destapó y bebió de golpe su contenido violeta, luego juntó las manos y dijo:

-Veas lo que veas, pase lo que pase, recuerda que soy Drênajj, tu amigo.

Y, ante los asombrados ojos de Marta, al enfermero le nacieron en la espalda dos descomunales alas membranosas, su cabeza se hizo gigantesca, las patas se transformaron en columnas terminadas en zarpas, el volumen del cuerpo se multiplicó... Y se convirtió en un dragón pavoroso con unos desorbitados ojos verdes de gato que la miraban fijamente. Todo él era tan grande que uno podía escalar por las escamas, o subir por la espalda como si fuera una escalera. Drênajj, contento de sentirse de nuevo dragón, sacudió su enorme cola que, por lo menos, medía cinco metros. La confianza de Marta, ante aquella boca semejante a un agujero negro, desfalleció. Miró hacia la puerta de la azotea calculando los segundos que tardaría en llegar a ella y escapar por las escaleras. Estaba a punto de intentarlo cuando el vozarrón de Drênajj le pidió:

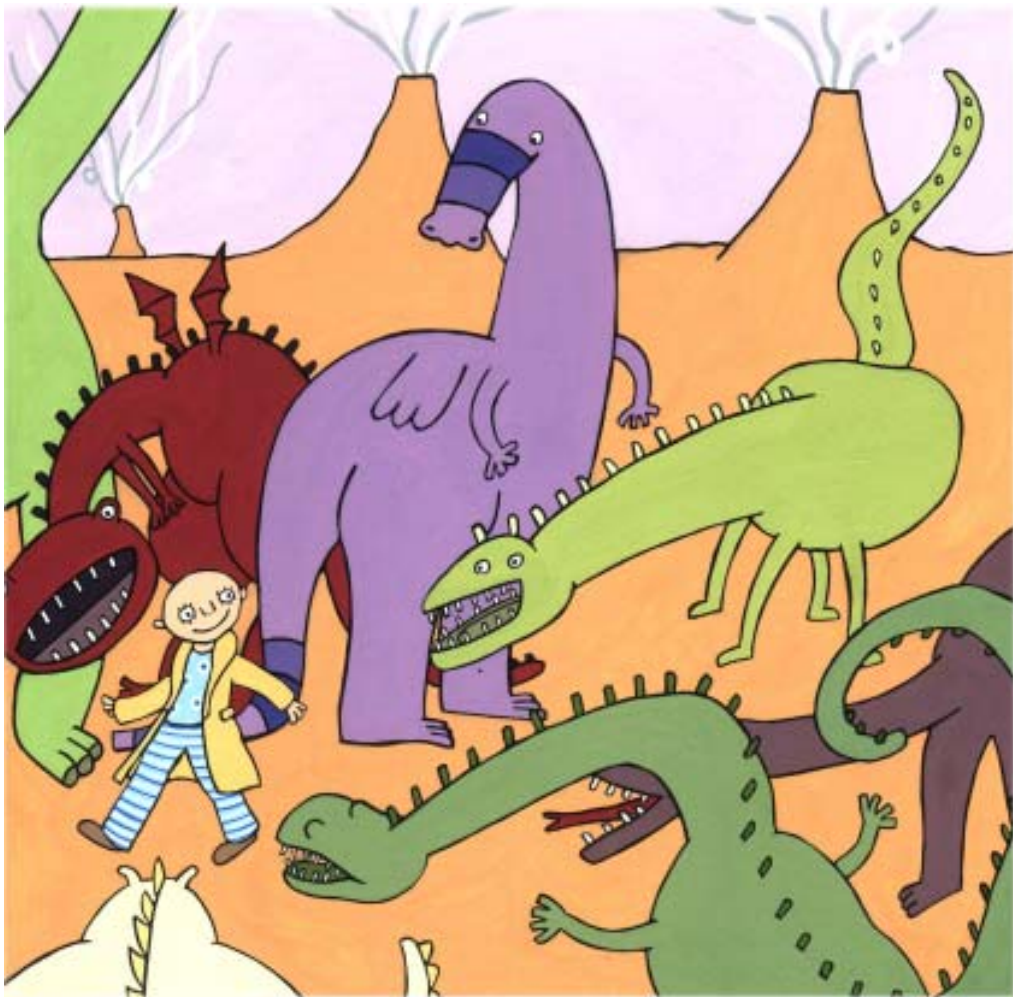
-Subete a mí y cógete fuerte. Volar es peligroso, pero no temas, iré con cuidado y no pasaré por las nubes más húmedas.

Y, como en un sueño, Marta empezó a subir, primero un pie, luego el otro, por las duras escama salientes de la inmensa cola y así fue trepando por aquella verde montaña hasta el cuello. Una vez allí se sentó a horcajadas y se oyó a sí misma decir:

-Estoy lista, Drénajj, empieza a volar.

El dragón se adentró suavemente en la negrura del cielo. Era tan oscuro que Marta perdió la noción del espacio y del tiempo. Le pareció que llevaban horas volando cuando oyó que Drénajj le decía:

-Mira allá abajo. ¿Ves aquellas columnas de humo? Son los cinco volcanes que alimentan Drâhâ. Ya hemos llegado.



Desde el aire se veían multitud de montículos, del interior de los cuales, salían dragones que se acercaban hacia ellos.

-Vienen a recibirnos.

Drênajj aterrizó suavemente en una plaza redonda. Cuando Marta descendió se hizo un silencio impresionante pero, en un momento, un grupo de jóvenes y curiosos dragones los rodeaban. Saludaban a Marta con bramidos amigables y miraban, sorprendidos, su insignificancia. Los más atrevidos acercaban sus enormes hocicos hasta rozarla. Ella recordaba el consejo de Drênajj y, aunque estaba muerta de miedo, los miraba directamente a los ojos y alargaba el cuello tanto como podía.

-Me llamo Marta... me llamo Marta... -decía con seguridad a todas las narices que se le acercaba.

De entre la multitud destacaron Drantrobus y Drathum. Pero, antes de que les diesen la bienvenida, otra cabeza, con los ojos más azules que había visto jamás, se acercó e inclinó su inmensa cabeza hasta depositarla con mucho cuidado a sus pies. Nadie tuvo que decirle que era la madre de Drikan. Su llanto era el sonido más triste que había escuchado nunca, era un gemido inmenso, un sollozo infinito. Marta, sin miedo, acarició su cabeza y le dijo:

-Tu hijo se pondrá bien, como yo.

Al oír aquellas palabras todos los dragones congregados en la plaza lanzaron una llamarada hacia el cielo.

-Lo hacen en tu honor -dijo Drantrobus-. Nada es bastante para premiar tu valentía. Hemos preparado una cueva para ti, creo que te gustará. Ven.

Mientras avanzaban por las calles de lava petrificada, por los huecos de las colinas surgían testas que los miraban con respeto. Por fin llegaron al alojamiento que le habían preparado: era una copia exacta de la habitación 319.

-Claro -pensó-, Drênajj me ha conocido siempre ahí, él piensa que es mi casa.

Agradeció la atención y los dragones se sintieron felices al comprobar que aquel minúsculo humano se comportaba con educación.

-¿Cuándo veré a Drikan?-preguntó.

La voz de Drantrobus, mucho más profunda aún que la de Drênajj, le contestó:

-Cuando deseas.

-Pues ahora mismo.

-Ven, sígueme.

Las calles seguían repletas de dragones. Marta, más tranquila, se iba fijando: dragones alados, como el propio Drênajj, los de múltiples cabezas, los sinuosos en forma de anguila... algunos eran verdes y otros negros, pero también los había blancos... unos tenían un aspecto feroz, pero otros sonreían amables y bondadosos.

Entraron en una gran cueva y, en una cavidad de la roca forrada con pieles, estaba Drikan. Era la primera vez que el pequeño dragón veía a un ser humano y se ocultó tras las patas de su madre.

-Te imaginaba más alta -dijo finalmente saliendo de su escondite-. Yo te paso.



-Es verdad. Ahora ya no eres el más bajito de la ciudad de Drâhâ -dijo Marta sonriendo.

-¿A ti también se te caen las escamas?

-Bueno, se puede decir que sí, no tengo escamas como tu, pero si tenía un hermoso pelo aquí -dijo señalando la cabeza desnuda-. Estuve mucho tiempo queriendo que no me viese nadie.

-Yo tampoco quiero que me vean -dijo Drikan, poniendo los ojos azules.

-¿Juegas al baloncesto?

-No sé qué es esto del baloncesto -contestó Drikan, sentándose sobre su cola, fatigado con la pequeña conversación.

-Drikan, dime ¿Vendrías conmigo al mundo de los humanos?

-¿Ir contigo?

-Sí, allí hay una doctora que te curará. Y te enseñaré a jugar al baloncesto. Con tu altura seríamos los campeones de la liga.

-Pero si me ven los humanos me matarán, mi madre me ha contado que nuestro aspecto os asusta y que destruís todo lo que desconocéis.

-Tu madre tiene razón... pero sólo en parte... porque yo estoy aquí, y valientes como yo hay muchos.

Drathum, que escuchaba en la penumbra de la cueva, les interrumpió:

-¿Tú crees que esa doctora que dices es capaz de atender a Drikan? Acuérdate que Drênajj ha tardado tiempo en encontrarte a ti.

-Ella también es valiente, os lo puedo asegurar.

-Es importante que no te equivoques. Drikan no puede tomar forma humana porque está muy débil. Así que, sólo le puedo hacer transparente a ratos cortos.

-Le esconderemos hasta que esté fuerte -dijo Marta.

-¿Dónde? -preguntó el sabio.

-Pues no lo sé, pero algo se me ocurrirá.

Un trueno retumbó por las grandes bóvedas de las grutas. La lluvia se había enseñoreado de la ciudad. Los dragones salían de sus cavernas y dejaban que las gotas resbalaran por sus acorazados cuerpos. Cuando una gota lograba introducirse bajo sus duras escamas les hacía cosquillas, entonces se sacudían como perros mojados. Drênajj a menudo debía ayudar a Marta a subir los altos escalones de una calle que, para ella, eran auténticos

precipicios, o encaramarla sobre su cabeza para que viera el interior de una casa-montaña. Cuando se cruzaban con algún dragón, éste golpeaba el suelo con su enorme cola haciéndolo temblar. Era como si dijera: “¿Cómo estás? Hola, buenos días. Me alegro de verte”. Marta respondía dando una fuerte patada en el suelo. Lo que más le impresionó fue ver la oscura cueva del Consejo. Se la imaginó llena de dragones apretujados y se situó en el mismo lugar donde había estado Drênajj cuando recogió con la boca la astilla de fuego.

-El Consejo quiere celebrar tu ayuda con una fiesta. Después, cuando la luna ocupe su lugar, nos iremos los tres a tu mundo.



Los dragones estaban muy atareados con los preparativos: se llenaban grandes ollas con piedras de todos los tamaños y colores. En la plaza colgaban estandartes.

-Son los lugares del mundo en los que quedan aún dragones -explicó Drênajj, que los miraba embelesado.

¿Quién ha visto alguna vez a los dragones cantar o bailar? Pues Marta los vió, y le fue necesaria toda su fuerza de voluntad para no taparse los oídos, ya que este gesto sería una falta de cortesía, pero el baile le encantó: nunca hubiera imaginado que seres tan voluminosos pudiesen ser tan ágiles y elegantes. También hubo duelos de soplidos de fuego y competiciones de vuelo con tirabuzones. A cada proeza, los dragones del público aplaudían dando bestiales golpes en el suelo con sus colas. Sus enormes fauces engullían golosamente piedras incandescentes. A ella le sirvieron, por suerte, un enorme tazón de sopa amarilla. En el momento de marchar apareció Drenta, con el pequeño envuelto en pellizas. Sus ojos, aún muy azules, se fijaron en los de Marta y dijo con su voz afectuosa:

-Vuelve y trae a tu hermano sano y salvo.

Drathum dio las últimas instrucciones y Drantrobis los despidió en nombre de toda la ciudad. Depositó su cabeza sobre los pies de Marta y dijo con voz profunda:

-Tu corazón late igual que el nuestro, siempre serás recibida como una igual en el país de los dragones.

Marta lo abrazó y, de un salto, subió a la espalda de Drênajj junto a Drikan.

-¡Volveré! -dijo reprimiendo las lágrimas. Un trueno retumbó en la lejanía y los dragones al oírlo gritaron de alegría: Era el mejor de los auspicios

Drênajj aterrizó con delicadeza en la azotea del hospital. Estaba amaneciendo.

-Lo primero que tenemos que hacer es radiografías y análisis de sangre y, por descontado, buscar a la doctora Cajal para explicárselo.

-¿Esto duele? -preguntó el dragoncito.

-No, hombre, un dragón como tú ni siquiera se enterará. Ahora toma la pócima que te hará transparente, y tú, Drênajj, conviértete otra vez en enfermero. No te preocupes, Drikan, él te llevará por todos los pasillos sin que nadie repare en ti, incluso tendrás que permanecer en la sala de espera.

-¿Y tú, qué vas hacer? -pregunto Drênajj-. Recuerda que todo el mundo te estará buscando. Cuando te encuentren te van a dar un buen tirón de orejas. ¿Qué les dirás?

-Algo se me ocurrirá, ahora no hay tiempo que perder, ves a hacerle esas pruebas a Drikan. Quedemos aquí, en la azotea a las diez de la noche, sin falta.

Marta encontró a la doctora Cajal en su despacho.

-¡Mira qué bien! ¡Ya ha aparecido la niña perdida! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde te habías metido? ¿Te das cuenta del susto que nos has dado?

Marta se lo contó todo con detalle.

-Bien, Marta, hay que poner una medalla a tu imaginación, pero tienes a tus padres al borde de infarto, no sé qué harán cuando



te vean... Así que: ¿Juan es un dragón alado? ¿Y que ahora está haciendo una radiografía a un dragoncito al que se le caen las escamas...? –decía la doctora, que no podía disimular la risa.

Viendo Marta que no la convencería, decidió utilizar otra estrategia.

-Ahora mismo iré a disculparme. Y prometo que no volveré a pasar más si me acompañas a la azotea esta noche.

-¿Para qué? Mira que tengo mucho trabajo, esta noche estoy de guardia.

-Sólo será un momento, quiero presentarte una amiga mía... Sinnead O'Connor... Vendrá a verme pero, para esquivar a los periodistas, no se moverá de la azotea.

-¿O'Connor en el hospital? Nadie me lo había dicho. ¿Acaso está enferma? ¿Tiene algo que ver con tu huida? Lo primero que debes hacer es ir a tu habitación a tranquilizar a tus padres y a la policía, para que dejen de buscarte. Después, si tengo tiempo, te prometo que iré a la azotea. ¿Has dicho a las diez?

-Sí. Sólo estará un par de minutos. Tiene que coger un avión hacia los Ángeles –Marta no entendía cómo la doctora se tragaba aquella trola y no creía en la existencia de Drikan.

-¿No será otra de tus fantasías, verdad?

-No. Y le he hablado de usted.

-¿De mí? ¿Y qué le dijiste?

-Que era la mejor médica del mundo y que, si un día necesitaba alguno, usted era, sin duda, el mejor.

-¡Qué cosas tienes! Está bien, subiré, pero si me haces perder el tiempo te recetaré una lavativa...

La entrada en la habitación fue apoteósica. La llenaron de besos, la cosieron a preguntas... Explicó que se había quedado dormida en el despacho de la doctora Cajal mirando un partido de la NBA. A la policía le bastó la excusa y se marchó pero, después, todos se pusieron a reñirla. Las enfermeras le tomaron la presión y la temperatura, y le hicieron comer un poco de sopa amarilla.

Por la noche todo volvía a estar tranquilo. Corrió escaleras arriba hacia la azotea. Drênajj y Drikan ya la esperaban.

-¿Cómo ha ido todo? ¿Le has hecho las pruebas?

-Todo perfecto, nadie se ha dado cuenta de nada. Las radiografías y los análisis los tengo aquí –repuso Drênajj, señalando una gran bolsa de plástico.

-¡Es divertido el hospital! –dijo, con cara traviesa, Drikan.

-Bien, ahora vendrá la doctora, no se ha creído nada pero cuando te vea tendrá que hacerlo. Cuando yo te lo diga, te tomas la pócima y apareces como Drênajj.

-¿Tú crees que hace falta? Mira que si le da un infarto...

-A mi no me pasó nada, ¿verdad? Pues a ella seguro que tampoco –afirmó contundente.

-¡Marta! ¿Estás ahí? –llamó la doctora asomando la cabeza.

-¡Estamos aquí!

-¿Y O'Connor? ¿Aún no ha venido? ¿No me has dicho que tenía prisa?

-Mire, la he hecho subir para que vea a un dragón y se convenza de que todo lo que le he dicho es verdad.



-¡No! ¡Si ya me decía la nariz que no debía hacerte caso! ¡Nunca aprenderé! -dijo dándoles la espalda y dirigiéndose a la salida.

Pero entonces el enfermero le cerró el paso con los ojos tan encendidos que iluminaban la oscuridad de la azotea. La doctora notó un escalofrío en la espalda, pero aún se horrorizó más viendo cómo se quitaba la bata y se transformaba. El dragón que apareció todavía estaba enfurecido y por sus enormes narices salía un espeso humo anunciador de una posible llamarada carbonizada. La doctora Cajal se desmayó. Cuando volvió en sí, vio un dragón manso y preocupado que la miraba con enormes ojos verdes de gato y, detrás de él, un tierno dragoncito de ojos muy azules. Comprendió que no había perdido la razón y aquello, aunque asombroso e increíble, era real. Drikan, se acercó a ella, le enseñó sus escamas y le dijo:

-A mi hermana Marta tú le has dicho que le volverá el pelo a su cabeza. ¿Podré volver a tener yo mis escamas?

-Aquí tiene las radiografías y los análisis. ¿Qué más hay que hacer? -preguntó Drênajj, con su voz profunda.

La doctora Cajal tragó saliva y se puso de pie. Con aire profesional abrió el sobre con las pruebas.

-¿Ves? ya te dije que era el mejor médico del mundo. ¿Verdad que lo curará?

-Lo primero que hay que hacer -dijo con la voz todavía temblorosa-, es que Juan, o Drênajj, o como se llame, vuelva a tener la apariencia de un ser humano, si lo descubren no durará ni un segundo. Después hay que encontrar un escondite para Drikan.

-Al desván del hospital nunca sube nadie -dijo Drênajj-, fue mi primer escondite. Yo me ocupo de hacerlo confortable.

-Debo de estar trastocada... estoy hablando con dragones como si fuera lo más normal del mundo... -decía la doctora Cajal, hablando sola-. Pero esto no puede durar siempre, alguien lo averiguará.

-No se preocupe, nosotros nos ocuparemos. Además, conforme recupere las fuerzas, ya podrá tomarse el filtro que le hará humano.

-¡Me dirán que estoy loca! Pero no puedo negar que es un caso insólito... interesantísimo... Acércate, jovencito.

El dragón obedeció inclinando el cuello educadamente. La doctora cogió una de las escamas y se dijo ensimismada:

-Me parece que hay algún caso... Recuerdo haber leído un artículo de un científico chino... Le enviaré un mail... Habrá que hacer un estudio de...

Marta la interrumpió:

-¿Ha visto qué altura tiene Drenajj? ¿Es el mejor pivot o no?

-Si tengo que serte sincera, no creo que le dejen jugar, no sé si sería reglamentario -todavía le temblaba la voz-, pero tienes que saber que lo que vamos a hacer es muy difícil... por no saber... No sé dónde tienen el hígado estas criaturas... ni tan siquiera si tienen...

Los días pasaron muy deprisa y Drikan iba recuperándose poco a poco. Ya había aprendido muchas de las extrañas costumbres de los humanos y podía tomar apariencia de niño. Estaban juntos casi todo el día y eso multiplicaba el trabajo a Drênajj que, ahora, debía dar la comida a los dos mientras les contaba histo-



rias de cuando había ido a parlamentar con Atzur, el viejo unicornio.

-De hecho, nadie sabe exactamente qué pasó entre los dragones y los unicornios. Se decía que... –se interrumpía y decía con voz autoritaria-: ¡Una cucharada más o me callo!

Marta siempre terminaba su sopa antes que Drikan que, poco acostumbrado a este tipo de alimentos, sorbía la sopa haciendo un ruido de mil demonios.

-Un día vendrán los bomberos porque pensarán que hay un escape de gas –y Drênajj y Marta se desternillaban de risa.

Entonces Drikan, de la vergüenza, sin poderlo evitar, se ponía color de rosa y, cuánto más quería disimularlo, más rosa se ponía, y más se reían sus amigos.

-¡A ver si os calláis! –decía la enfermera de guardia, asomando la cabeza-. Y tú, Juan, diles que se duerman.

Aquella noche, cuando estaban solos con la luz apagada, Drikan le preguntó a Marta, con un hilo de voz.

-Marta, ¿duermes?

-No, ¿qué quieres?

-Decirte que eres mi mejor amiga.

-Y tú mi mejor amigo.

Y en la oscuridad de la habitación los dos se abrazaron.





Es un cuento de:
www.cuentosamedida.com